

para el País Valenciano unido a la reestructuración organizativa y la penetración en las estructuras de Sindicatos, posibilitaron que el movimiento obrero volviera a situarse a la cabeza de los cambios socio-políticos, tras unos años de crisis en que el protagonismo lo llevó a cabo el movimiento estudiantil.

Las elecciones sindicales del 71 dividen el movimiento obrero: algunos sectores desconfían ya de la operatividad y eficacia que pudiese tener la utilización en la lucha de los medios legales. Pese a todo —afirma Jesús Sanz— la «penetración» en Sindicatos fue muy superior a la que había tenido lugar en el 66 permitiendo, consecuentemente, movilizaciones obreras desconocidas hasta entonces en el País Valenciano. Los núcleos fundamentales que mantuvieron la lucha en esta fase fueron, una vez más, las grandes empresas.

A partir de 1974 se observa un cambio que consiste, sobre todo, en un importante incremento de las empresas que entran en conflicto, en una mayor coordinación y en una impregnación ciudadana de que el conflicto obrero, la huelga, no es algo rechazable. En el País Valenciano va a romperse con una idea arrastrada desde hacía tiempo: que no podía cuajar un potente movimiento obrero a causa de una pequeña y mediana industria, que no permitiría una eficaz organización.

El minifundismo empresarial, que había empezado a romperse a finales de los años 60, continúa perdiendo peso económico en favor de las multinacionales implantadas en esos años. Es precisamente la introducción de esas grandes empresas uno de los fenómenos «objetivos» que permiten que la lucha se incremente notablemente. Las concentraciones de trabajadores en la IV Planta Siderúrgica Integral, en la Autopista del Mediterráneo, en la Ford..., no hacen sino ayudar a la organización de la clase obrera. Pero, además, junto a esas grandes empresas se amplía y se concentra en el País Valenciano una industria ligera de pequeñas y medianas empresas, que viene a sumarse a las que ya se habían configurado en la década de los 60.

Sintetizando la trayectoria del movimiento obrero en los años 1974 y 1975, Jesús Sanz relata los modelos de conflictos típicos de este período, trazando así el esquema de la con-

flictividad laboral en dos años tan complejos como decisivos en la evolución del movimiento obrero. De esta forma, están presentes los modelos de conflicto de las grandes empresas en centros industriales, de las grandes empresas aisladas, del sector de la pequeña y mediana empresa, de conflicto generalizado en una población laboral, la incorporación de la mujer a la lucha y la de los profesionales. La IV Planta y la Ford son los ejemplos que ilustran lo que el autor denomina «conflictos sociales de crecimiento»; es decir, un crecimiento económico-industrial que provoca unos costos sociales en las poblaciones trabajadoras que, más que «beneficiarse», «sufren» fatalmente la rentabilidad económica obtenida por los planificadores del crecimiento.

Tras las elecciones sindicales del 75, en que las candidaturas obreras y democráticas (C. U. D.) se afianzan en la estructura de Sindicatos, termina un año en que el debilitamiento del poder político de las instituciones del Régimen, tras la muerte del general Franco, se acelera. Consecuentemente, la oposición democrática se fortalece, impulsada primordialmente por el movimiento obrero. La burguesía valenciana, que desde 1974 había empezado a incorporarse al proceso de lucha por la democracia, consolida sus organizaciones y partidos, posibilitando así que un amplio espectro de fuerzas políticas, sindicales y sociales reflejen la realidad del País Valenciano.

Las reivindicaciones laborales de 1976 se inscriben, en el plano económico, dentro de una recesión económica alarmante, y, en el plano social, dentro de una creciente demanda de las libertades públicas. Las acciones obreras se van a caracterizar por la masividad participativa de los trabajadores, la profundización a todos los niveles, la extensión a prácticamente la totalidad de los sectores laborales importantes, un incremento de la politización de los conflictos y el carácter de ruptura que las movilizaciones van a plantear frente a la organización sindical.

Las huelgas de la construcción y del metal, que junto con la banca son los tres sectores de mayor conflictividad en el período enero-mayo, marcan los hitos en la trayectoria del movimiento en el País Valenciano. Pero no fueron las únicas; prácticamente todos los sectores participaron en

las huelgas, favorecidas por la negociación de múltiples convenios colectivos o la revisión de los mismos. El libro, que finaliza con este creciente protagonismo del movimiento obrero, viene complementado con la entrevista a un buen número de dirigentes obreros del País Valenciano, y con unos cuadros relativos a la conflictividad laboral habida en el país durante el período 1974-1975, que ha elaborado el propio autor y que suponen una labor clasificatoria importante.

Así pues, «El Movimiento Obrero en el País Valenciano» debe ser valorado como un testimonio de los sucesivos intentos que dicho movimiento ha llevado a cabo por recuperar el peso específico que le corresponde en la sociedad, y, más concretamente, en la valenciana. Un movimiento que, aglutinado por la petición de descongelación salarial, amnistía y sindicato obrero, arrastró en los primeros meses de 1976 a 225.000 obreros del País Valenciano a exigir sus legítimos derechos económicos, sociales y políticos. ■

ANA SENENT

MOROTE, PROTOTIPO REPUBLICANO

Si el título de esta obra (1) pudiera inducir a creer que estamos ante una biografía realizada al estilo clásico de tal género histórico, el examen de su contenido pronto nos demostraría lo contrario. El análisis de **la trayectoria de Luis Morote** se realiza aquí desde dos coordenadas íntimamente relacionadas: el estudio de los acontecimientos coetáneos a través del individuo, y el encuadramiento de su vida en el propio contexto histórico que la explica. **Juan Sisinio Pérez Garzón** utiliza a Morote como paradigma de la acción y la ideología de un grupo social, la pequeña burguesía, en una época histórica determinada: la Restauración.

Apunta el libro muchas más ideas de las que resume el título. Siguiendo un esquema metodológico sencillo en cuanto a concepción, más com-

(1) *Juan Sisinio Pérez Garzón: Luis Morote. La problemática de un republicano (1862-1913). Editorial Castalia. Madrid, 1976. 158 pp.*

plicado en cuanto a elaboración y búsqueda de datos, logra una concatenación excelente de individuo y sociedad, escapando de lo local —la valenciana— para trascender a lo nacional. El estudio del Regeneracionismo bajo prismas poco usuales hasta ahora, las aportaciones a la investigación del reformismo social (especialmente el Instituto de Reformas Sociales) y la preocupación por situar plenamente a Luis Morote en el contexto vital de la España del Tratado de París y del maurismo, sitúan la presente obra en un plano elevado en el que confluyen dinamismo en la exposición, actualización de ideas y meticulosidad en el trabajo, cualidades que revelan una madurez y experiencias impropias de tan joven historiador.

La imagen de Morote representa la del prototipo republicano pequeño burgués, que ve en la educación la solución a todos los problemas que tiene planteados España. Utilizando palabras del propio Pérez Garzón —acertadísimas—, «el principal medio de regeneración es la instrucción y la enseñanza, el **pedagógico** (...). Esta es la ideología **iluminista**, propia del intelectual, 'regenerado' y 'transformado' socialmente con el trabajo individual de su inteligencia». Entronca así Morote con la ideología de la **Institución Libre de Enseñanza**, en cuyo ámbito va a formarse un pensamiento. Conviene tener bien presente sobre este punto la decisiva influencia que, de una u otra manera, ejercen sobre él personalidades como Giner, Azcá-

rate y Salmerón. El gran pedagogo Francisco Giner de los Ríos ejercerá en Morote un profundo impacto, consolidándole en la idea de la libertad científica y en el método indagatorio de la verdad por la propia razón. Y no menor será su profunda dependencia teórica de Gumersindo Azcárate, bajo cuya dirección realiza su tesis doctoral en Derecho Político: **«Idea de la Libertad en los pueblos antiguos, en la Edad Media y en los tiempos modernos»**. En su análisis, Morote señala las trabas que se interfieren en el camino de la libertad; y entre ellas destaca la ignorancia. Empalma así, al señalar la equivalencia entre ignorancia y falta de libertad, con el idealismo institucionalista. A partir de aquí arrancan sus planteamientos políticos. Partiendo de su convicción en el valor de las personas y de su creencia en la fuerza de las ideas y de la cultura como instrumento de cambio del individuo, hace extensivo este planteamiento al conjunto de la sociedad. Considera por ello inseparables el progreso intelectual y el progreso democrático y político. «Toda obra de regeneración —dirá— ha de asentarse sobre el firme apoyo de una extensión y de un desarrollo cada vez mayores de la democracia». Y al elegir la forma de Gobierno se decanta por la República, a la que es consustancial su organización federal, autonomista. Se compaginan de este modo en Morote los principios de Giner de los Ríos con el ideario político de Salmerón.

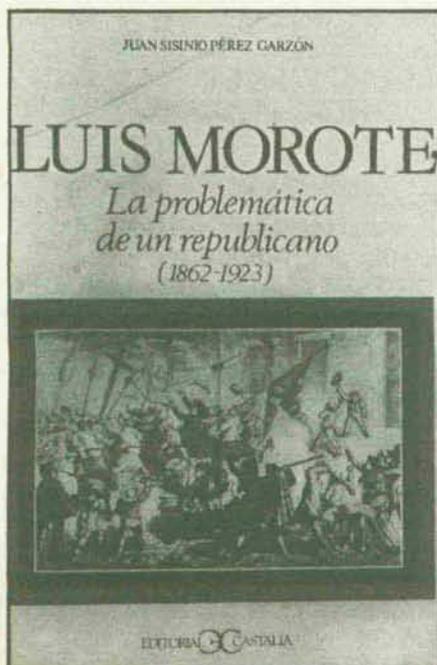
Estos postulados van a ser objeto de continua exposición a lo largo de toda su vida. Lo hará en su período valenciano a través de las cuatro instituciones consustanciales a toda ciudad burguesa española: la abogacía, el periodismo, el Ateneo y la Sociedad de Amigos del País. Es la época de **«El Mercantil Valenciano»**, en el que Morote comienza su labor periodística; del **Ateneo Científico**, en el que se encuentra lo más florido de la intelectualidad democrática valenciana; y de la **Sociedad Económica de Amigos del País**, a través de la cual entra en contacto con la realidad cultural y política de Francia. Más tarde, la Prensa, el libro y las Cortes —apunta Pérez Garzón— serán, por este orden, las instituciones que absorban la actividad de Morote. Y es en su tarea periodística donde más claramente entronca con el espíritu gineriano. Artículos

doctrinales, reportajes o entrevistas persiguen, en cualquier caso, una intención claramente pedagógica: la instrucción. El objetivo es diáfano: hacer pensar por sí mismo al lector para que él solo llegue a la democracia y al libre currir.

Uno de los capítulos de más interés es el que se dedica al Morote periodista entre 1900 y 1909. Muestra aquí Pérez Garzón la seriedad con que ha llevado a cabo su tesina de licenciatura, al brindarnos un breve análisis de un libro que considera inédito: **«Las elecciones en España, 1834-1905»**

Su interés radica en la defensa que hace Morote del sistema de la democracia parlamentaria. Partiendo de su derrota electoral en las elecciones de 1901, Morote realiza, él solo, un estudio del régimen parlamentario desde su implantación en España. A diferencia de la mayoría de los regeneracionistas, que critican el sistema parlamentario por su corrupción en la práctica, Morote insiste en la «necesidad de un serio análisis para fallar con conocimiento de los hechos dónde está nuestra enfermedad electoral y cuál ha de ser la medicina que la cure». Pone sobre el tapete la realidad de una ideología que si hoy para unos está en el crepúsculo, para otros cobra pleno vigor y sentido en la actualidad. Sus conclusiones son elementales: el sistema democrático —basado en el sufragio y las Cortes— no es culpable de la situación en que se encuentra España, porque el primero se amaña y manipula y aquellas no son representativas precisamente en función de la propia corrupción del voto. Sin duda alguna, su estudio es pionero en este campo. Utiliza con abundancia las estadísticas como instrumento de trabajo y el **«Diario de Sesiones del Congreso»** como fuente documental.

Si hubiera que resumir la obra de Pérez Garzón y la vida de Morote, podríamos hacerlo en dos frases. El primero logra una síntesis histórica entre el hombre y su entorno social. Morote es el exponente de una ideología democrática que, trascendiendo diacrónicamente, se presenta hoy con una fuerza y empuje que cuarenta años de persecución propagandística y destrucción práctica no han podido más que dejar en suspenso. Con razón señala Pérez Garzón, al referirse a la muerte de Morote, que finaliza la vida física de



una persona, pero no la ideología democrática que la sustentó. Pleno vigor cobran estas palabras, cuando las hacemos extensivas a todos aquellos que —en circunstancias infinitamente más difíciles que Morote— dieron su pensamiento, sus ideas, su vida misma, para el triunfo de un **sistema democrático** que ahora comenzamos a tejer entre todos ■ **JUAN MANUEL DE LA TORRE ACOSTA.**

MARXISMO Y SOCIOLOGIA

¿Es el marxismo una sociología?

A la pregunta, tal y como está formulada, no cabe contestar de modo tajante. Para empezar, existe dentro del marxismo una corriente que ve en la obra de Marx el primer intento de elaborar, sobre bases estrictamente científicas, un sistema explicativo a la vez de la estructura interna, de las sociedades y de las leyes que rigen su desarrollo. Tal tendencia tiene su origen, nos dice **Tom Bottomore** en el pequeño ensayo que ha escrito sobre el tema (1), en las palabras pronunciadas por Engels ante la tumba de su colaborador: «(...) Del mismo modo en que Darwin descubrió la ley de la evolución de la naturaleza orgánica, Marx descubrió la ley del desarrollo de la historia humana.»

Esta interpretación engelsiana, recogida luego por Kautsky, tendría destacada influencia en los pioneros del pensamiento sociológico moderno como Durkheim, Weber o Tönnies, quienes, aún combatiendo las conclusiones del marxismo, asimilaron de éste una serie de conceptos fundamentales, entre ellos los de «clase social», «estructura», «ideología» y tantos otros que son hoy moneda corriente en cualquier escuela sociológica.

Sin embargo, el desarrollo histórico de los acontecimientos tras la muerte de Marx y Engels, el debilitamiento del impulso revolucionario e internacionalista de la clase obrera de la Europa occidental, el estallido de la guerra europea, que la Segunda Internacional no supo evitar, y

(1) «La sociología marxista», de Tom Bottomore. Alianza Editorial. Traducción de Julio Rodríguez Aramberri.

el triunfo en la Rusia de los zares de la revolución de octubre por obra del voluntarismo de un pequeño partido bolchevique, todo ello sumado iba a promover una interpretación del marxismo distinta si no opuesta a la sociológica.

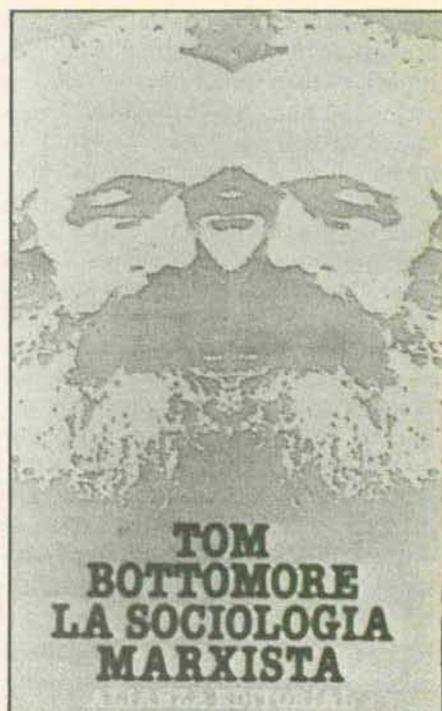
En los primeros años de la década de los veinte, una serie de pensadores marxistas tratarán de recuperar y potenciar los elementos filosóficos de raíz hegeliana que tanto influyeron en el joven Marx. Así, veremos, por ejemplo, al Lukács de «Historia y conciencia de clase» atacar frontalmente la interpretación determinista del marxismo sociológico de un Bujarin y sentar, en su lugar, el papel de la dialéctica como única posibilidad de acceso al conocimiento racional del proceso histórico en su totalidad. Así vemos también, al italiano Gramsci afirmar la incapacidad radical de una sociología que hunde sus raíces en un evolucionismo vulgar para «auparse hasta el conocimiento dialéctico de la transformación de la cantidad en cualidad».

Esta corriente filosófica neohegeliana será recogida más tarde con mucha mayor apertura crítica por la llamada escuela de Frankfurt. Horkheimer, Adorno o Marcuse, entre sus miembros, subrayarán así el elemento subjetivo y el papel de la conciencia crítica del intelectual marxista en la praxis revolucionaria frente a la integración creciente de la clase obrera.

Se trata evidentemente de dos interpretaciones distintas de un mismo pensamiento —el de Carlos Marx— y que corresponden de hecho a la doble corriente de influencias que podemos rastrear en su obra: la filosófica, básicamente hegeliana, y la positivista, procedente de Saint-Simon.

Si damos por válido y justificado este doble enfoque, habremos de reformular la pregunta inicial sobre la identificación entre el marxismo y la sociología y dejarla así: ¿Hay una sociología **dentro** del marxismo? En este caso la respuesta puede y debe ser afirmativa sin pecar por ello de excluyente o, lo que es lo mismo, de dogmática.

Ahora bien, si encasillar el pensamiento de Marx en una especialidad concreta —ya sea la política, la economía, la filosofía, la antropología o la propia sociología— equivale a empobrecerlo innecesariamente porque su complejidad es tal que des-



borda todos esos campos, esa constantación no debe impedirnos ver en la sociología algo así como la argamasa que une los ladrillos de un edificio que está en buena parte todavía por construir. ■ **JOAQUIN RABAGO.**

OTROS LIBROS RECIBIDOS

BETTELHEIM, Charles: REVOLUCION CULTURAL Y ORGANIZACION INDUSTRIAL EN CHINA. Siglo XXI de España Editores. Colección Sociología y Política. Segunda edición. Madrid, 1976.

BOZAL, Valeriano: IDEOLOGIA / FILOSOFIA (POLITICA). EL INTELECTUAL COLECTIVO Y EL PUEBLO. Alberto Corazón, Editor. Colección Comunicación, Serie B, número 55. Primera edición. Madrid, 1976.

BROSSAT, Alain: EN LOS ORIGENES DE LA REVOLUCION PERMANENTE. EL PENSAMIENTO POLITICO DEL JOVEN TROTSKI. Siglo XXI de España Editores. Colección Biblioteca del Pensamiento Socialista. Primera edición. Madrid, 1976.

FE Y SECULARIDAD, Instituto: SOCIOLOGIA DE LA RELIGION. NOTAS CRITICAS. Editorial Cuadernos para el Diálogo. Colección Divulgación Universitaria, Serie Sociología, número 93. Primera edición. Madrid, 1976.